

OLOR ROJO

Verónica Hernández Núñez

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 2° semestre

¿Cuál es el olor de los colores? La pregunta podría sonar absurda, pero ha quedado estancada en mi mente por varios días. El amarillo, por ejemplo. ¿A qué huele el color amarillo? ¿Será un olor dulce, cálido? ¿Traerá consigo la esencia del sol? ¿O será más bien un olor desagradable, agrio, de esos que causan arcadas?

¿Y el azul? ¿Será un olor dulce y refrescante, como el aire que viaja por los cielos al mediodía? ¿Será frío y embriagador, como una noche de otoño, sosteniendo la mano de la doncella amada entre la propia, sintiendo el terciopelo suave de su vestido entre los dedos, azul como la misma noche?

¿Qué hay sobre el rojo? Creí probable que el rojo oliese a frescura y pasión, pasión que se comparte entre las sábanas con la doncella amada, con su cabellera cayendo como una cascada entre los pétalos de rosa.

¿O sería en cambio, el olor rojo, más parecido al del cuero de una chaqueta, mezclado con el dulce aroma de la tinta de labios que la doncella amada retoca cada quince minutos?

Cuando comencé a pensar sobre el aroma de los colores, estas fueron algunas de las conclusiones a las que hube de llegar. Tenía especial fascinación por el “olor rojo”.

En todos los escenarios en que imaginé, el olor rojo me parecía el mejor de todos.

Rojo. Rojo. Rojo.

El olor era dulce, ciertamente. Dulce y metálico. Aunque la sensación se sobreponía al olor.

Tibia y espesa, la sangre se deslizaba por mi rostro, bajaba por mi cuello y seguía su tortuoso recorrido hasta mis pies. No solo el olor penetraba mis fosas nasales sin piedad, además se colaba por mis labios y me nublaba la vista.

Pero esta sangre no era mía. Quise preocuparme, especialmente por la grotesca forma en que los restos del hombre habían volado por los aires cuando pisó esa mina escondida, pero ¿qué importaba tal trivialidad?

El sol resplandecía con furia en lo alto del cielo, cegando a los hombres y a las bestias. Parecía burlarse de nosotros. Parecía estar de buen humor, a pesar de la masacre que ocurría frente a sus narices.

La sangre, antes tibia y espesa, se tornaba en costras incómodas en mi cara.

Rojo. Rojo. Rojo.

Temblando, solté la metralleta que tenía en las manos, pintada de ese horrible color rojo, que cubría el campo de batalla. ¿Cubría el campo de batalla, o la sangre que se había colado en las cuencas de mis ojos alteraba mi percepción de los colores?

Sin necesitar el permiso de mi mente, mis piernas comenzaron a moverse por sí solas y ganaron velocidad gradualmente. ¿Qué hacía? ¿A dónde corría? No había salida posible de este infierno.

No me detuve. Corrí. El olor rojo me perseguía. Me causaba arcadas, confundía mi juicio.

Las balas pasaban silbando de un costado a otro. Uno tras otro, los hombres caían abatidos.

Ese no debía ser yo.

Seguí corriendo. Sentí un impacto. ¿Me dieron? No, fue mi falta de juicio. Una explosión a la derecha me tomó por sorpresa. Volé y caí. El olor rojo no hizo más que intensificarse y una nube de polvo me cegó temporalmente.

Cuando abrí los ojos, la metralleta estaba en mis manos otra vez. El olor rojo se había ido.

Y el hombre, cuya sangre espesa me había bañado antes, esperaba aterrado a mi derecha. Luchaba por ocultarlo, pero la blancura de su labio exhibía su llanto reprimido.

Aturdido, escuché las mismas instrucciones, presencié los mismos eventos y fallé en evitar la muerte de ese hombre.

Grité. Grité hasta sentir mi garganta escocer. Grité, hasta que la sangre se coló en mi boca y el metálico sabor me causó arcadas. Grité, hasta sentir las balas como alfileres atravesar mi cuerpo. Grité. Y caí.

Y el olor rojo me había abrazado nuevamente. Me había abrazado eternamente.

[...]

Masajeando su entrecejo y dando vueltas en la silla acolchada de su consultorio, el doctor leía por enésima vez el expediente médico.

—Es la tercera vez que intenta suicidarse —comentó la enfermera, con las manos entrelazadas frente a ella.

Exhalando con cansancio, el médico respondió:

—Lo que más me sorprende no son los múltiples intentos que ha llevado a cabo de quitarse la vida. Lo que me sorprende es que ustedes lo hayan permitido, dejando a su alcance más de una vez agujas y objetos punzocortantes.

Cabizbaja, le respondió en voz baja:

—¿Qué debemos hacer, doctor?

—Me parece una obviedad que pregunes. Ha llegado el tiempo de trasladarlo a la unidad de casos especiales.

—Disculpe mi imprudencia, doctor, pero la familia del señor no ha pagado por ese tratamiento.

Soltando el expediente en el escritorio, miró a la enfermera a los ojos, con poco más que indignación contenida.

—La familia del señor no ha pisado este hospital en cinco años. Y eso no cambiará próximamente.

La enfermera, poco convencida, asintió con la cabeza y salió del despacho, con dirección a la habitación del anciano, preparando todo para su traslado.

Su sentido patriótico no le había dado nada más que un cuerpo débil, y una mente turbada por los horrores de la guerra.

Incluso en sus sueños, bajo los efectos de la morfina, el anciano seguía pronunciando la misma palabra, una y otra vez.

Rojo. Rojo. Rojo.



Pugna interna, Bastian Jared Ramos Delgado